LIBRO dot.com

AUGUSTO

HERMANN HESSE



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Una joven mujer que vivía en la Mostackerstrasse y que había perdido a su esposo recientemente, esperaba, presa del abandono y la pobreza, que naciera su hijo que nunca conocería a su padre.En medio de su terrible soledad, lo único que pensaba era en su hijo y en todo lo mejor que se pudiera soñar para el venturoso futuro de su vástago.Quería ofrecerle una casa sólidamente construida con grandes ventanales y una fuente en el jardín, y visualizaba un porvenir brillante para su heredero, que podría llegar a ser profesor, o quizá un monarca.

En la casa contigua a la de la pobre señora Isabel vivía un anciano, de pelo canoso y pequeña estatura, que rara vez salía a la calle y cuando lo hacía se ponía una boina adornada con borlas y llevaba consigo un paraguas verde ya pasado de moda, con varillas de barbas de ballena.Los niños le tenían miedo y los adultos murmuraban entre sí y decían que debía haber alguna razón por la cual ese sujeto viviera en forma tan confinada.A veces pasaba largo tiempo sin que nadie lo viera, pero de cuando en cuando se escuchaba por las tardes una música delicada, como si viniera de varios pequeños y frágiles instrumentos, en el interior de su ruinosa habitación.En esas ocasiones, los chicos al pasar frente a la casa preguntaban a su mamás si eran ángeles cantando o algún coro de hadas, pero las mamás nada sabían sobre esas cosas y solían decir “no, no, debe ser sólo una cajita de música”.

Este pequeño hombrecito, conocido por sus vecinos como el señor Binsswanger, llevaba una extraña amistad con la señora Isabel.A decir verdad, nunca se dirigían la palabra, pero el señor Binsswanger hacía una venia amistosa cada vez que pasaba bajo la ventana de la viuda y ella correspondía con agrado el saludo con leve inclinación de cabeza, pero sentía estimación por el anciano.Ambos pensaban: si alguna vez me acontece algo malo, seguramente que podré solicitar ayuda en la casa del vecino.Al caer la tarde y oscurecía, la señora Isabel, sentada solitaria junto a su ventana, sentía pesar por su amado esposo desaparecido y, adormilada, pensaba en su hijo próximo a nacer, mientras el señor Binsswanger abría quedamente una hoja de su ventana y del interior de su oscuro cuarto se filtraba una música consoladora, suave y sedante como un rayo de luna a través de una rendija en las nubes.Por su parte, la señora Isabel atendía algunas plantas de geranios que el vecino tenía en la ventana de la parte posterior de la casa; el hombre siempre olvidaba regarlas, pero las plantas siempre estaban verdes y llenas de florecillas, sin una sola hoja marchita, porque la señora Isabel las cuidaba desde hora temprana todas las mañanas.

Y sucedió que una tarde cruda y borrascosa, ya muy cerca del otoño, y cuando no pasaba alma viviente por la Mostackerstrasse, la pobre mujer se dio cuenta de que había llegado la hora y se sintió atemorizada porque estaba completamente sola.Pero al entrar la noche, una mujer de edad llegó a pie con una linterna en la mano, entró a la casita y se puso a hervir agua, extendió lienzos y preparó todo lo necesario para el advenimiento de la criatura a este mundo.La señora Isabel permitió todas las ministraciones en silencio, y solamente cuando el bebé llegó y quedó bien envuelto en suaves ropajes nuevos y la criatura dormía por primera vez sobre la tierra, se atrevió a preguntar a la mujer de dónde había venido.

-El señor Binsswanger me envió-respondió la mujer, con lo cual, la extenuada madre quedó dormida.Cuando despertó a la mañana siguiente, encontró leche hervida lista para ella, todo el cuarto bien limpio y arreglado, y junto a ella, su pequeño vástago chillando porque tenía hambre; pero la anciana mujer se había marchado.La señora Isabel le dio el pecho al infante y se regocijó al verlo tan hermoso y fuerte.Pensó en su padre muerto que no pudo conocerlo y las lágrimas afloraron en sus ojos; oprimió con amor su pequeño hijo huérfano, sonrió nuevamente y volvió a caer dormida.Cuando despertó, encontró más leche, una vasija con sopa, y el infante envuelto en limpios pañales.

En unos cuantos días la mamá volvió a sentirse bien y fuerte y pudo atender sus tareas y cuidar a su pequeño Augusto.Pensó entonces que su hijo debía ser bautizado y que no tenía a quién nombrar como su padrino.Entrada la tarde, a la luz del crepúsculo y cuando ya se escuchaba la dulce música de la casa de junto, la viuda se dirigió a la habitación del señor Binsswanger.Llamó tímidamente y fue recibida con un grito cordial de que entrara.La música cesó de repente.En el cuarto había una pequeña y vieja mesa con una lámpara tapada con un libro, todo era normal en el cuarto

-Vengo a darle las gracias-dijo la señora Isabel-, porque me envió usted a esa buena mujer.Quiero pagar a ella también, tan pronto como pueda trabajar y ganar algo de dinero.Pero ahora, tengo una nueva preocupación.La criatura debe ser bautizada y habrá que llevar el nombre de Augusto, como su padre; pero no conozco a nadie que sea su padrino.

-Sí, yo también he pensado en eso-repuso el vecino alisándose su canosa barba-.Sería muy bueno si el chico tuviera un padrino bueno y rico, en caso de que las cosas no marcharan bien con usted.Pero yo también soy un viejo solitario y tengo pocos amigos, de manera que no podría recomendarle alguno, excepto, quizá, yo mismo, si usted acepta.

Esto llenó de alegría a la pobre mujer, le dio efusivamente las gracias y aceptó en el acto.El domingo siguiente, llevaron al niño a la iglesia y lo bautizaron; la misma buena mujer se presentó al bautizo y le obsequió un tálero al niño.La señora Isabel no quería aceptar la moneda, pero la anciana le dijo:

-Sí, tómelo.Yo soy vieja y tengo lo que necesito.Quizá este tálero le traiga buena suerte.Agradezco la oportunidad de hacerle un favor al señor Binsswanger.Somos antiguos amigos.

Regresaron los tres a la casa de Isabel y ésta preparó café para sus huéspedes.El señor Binsswanger contribuyó con un pastel, de manera que fue una verdadera fiesta bautismal.Después, de terminar la colación y luego que el niño se había dormido, el anciano dijo con modestia:

-Ahora soy el padrino del pequeño Augusto, quisiera ofrecerle un palacio real y un bolso lleno de monedas de oro, pero esas son cosas que no tengo.Solamente puedo añadir otro tálero al obsequiado por nuestra vecina.Sin embargo, lo que yo pueda hacer por el

chico lo haré.Señora Isabel, seguramente usted ha deseado para su niño toda clase de cosas buenas y hermosas.Ahora bien, piense con todo cuidado en lo mejor que pudiera anhelar, y yo veré que esto se realice.Tiene usted que hacer un solo deseo, solamente uno.Medítelo bien y esta tarde cuando escuche mi pequeña cajita de música, deberá murmurar ese deseo al oído del pequeño, y se cumplirá…

A continuación, el buen hombre se despidió y salió acompañado de la otra vecina.La señora Isabel quedó muda de asombro, y si no tuviera a la vista los dos táleros y el pastel sobre la mesa, hubiera creído que todo había sido un sueño.Se sentó junto a la cuna del bebé y comenzó a mecerlo mientras meditaba y ponderaba muchos buenos deseos.Al principio pensó en hacerlo rico, luego bien parecido, después un hombre muy fuerte, sagaz, inteligente, pero a cada deseo le entraba la duda, y finalmente llegó a la conclusión de que todo en realidad era una broma del anciano.

Ya había oscurecido y estuvo a punto de dormirse junto a la cuna, porque estaba cansada de su labor de ese día como anfitriona, por sus dificultades presentes y por tanto pensar en los deseos, cuando de repente escuchó los sutiles y delicados tonos de la cajita de música más dulces y bellos que nunca.Isabel se incorporó de un salto, recordó lo planeado y volvió a sentir confianza en su vecino y en su regalo de padrino, pero mientras más reflexionaba y deseaba llegar a una decisión, su mente se ponía más confusa y no se atrevía a decidir.Bañada en lágrimas, se dio cuenta de que la música se hacía cada vez más débil y si no hacía su deseo ahora sería demasiado tarde.

Suspiró y se inclinó sobre su niño y balbuceó en su oído: mi pequeño hijo, yo deseo para ti…yo deseo…deseo…deseo que todo el mundo te quiera…

Los últimos compases de la música terminaron y el canto quedó totalmente a oscuras.Se inclinó sobre la cuna, lloró y llena de ansiedad le dijo:

-¡Oh! Ahora que he deseado para ti lo mejor que yo considero, quizá no fue lo correcto.Pero si todos, todo el mundo te llega a querer, ninguno te podrá amar tanto como tu madre…

*

Augusto creció y se convirtió en un hermoso chico rubio, con ojos vivos y fogosos, la madre lo mimaba y todo el mundo lo quería.La señora Isabel pronto se dio cuenta de que el deseo bautismal del pequeño se realizaba, porque apenas comenzaba a dar pasos cuando todo el mundo lo encontraba vivo, despierto e inteligente, lo acariciaban y admiraban sin reservas.Las jóvenes mamás le sonreían, las ancianas le obsequiaban manzanas, y si alguna vez se manifestaba díscolo, nadie creía que había hecho algo malo; o si era evidente que había cometido falta, la gente se encogía de hombros y alegaba que en realidad nada se podía atribuir de mal a tan preciado y bello pequeño.

La gente, que ya tenía noticias del hermoso chiquillo, venia a visitar a la madre y a ella, que tan sola se había sentido durante largo tiempo y tenía poca costura por hacer, ahora, como la madre de Augusto, tenía más trabajo del que pudiera desear.Las cosas siguieron bien para ella y el muchacho, y cuando salían de paseo juntos, los vecinos les sonreían, se detenían al paso a contemplar al afortunado chico.

Pero lo mejor para Augusto sucedió en la casa de su padrino.El señor Binsswanger lo invitaba a veces a su casa por las tardes, cuando todo estaba oscuro y la única luz visible era el pequeño fuego rojizo de la negra chimenea.El anciano le pedía que se acercara y se sentara sobre el tapete de pieles para relatarle largas historias mientras contemplaban las llamas.En ciertas ocasiones, a punto de terminar una larga anécdota y cuando el chico miraba casi dormido el juego de las llamas, en silencio, en medio de esa oscuridad se percibía una dulce música polifónica en todo el cuarto, que luego se veía invadido de minúsculos querubes que volaban alrededor con sus alas doradas y que danzaban por parejas sin dejar de cantar.Toda la habitación vibraba a los múltiples acordes armónicos de festiva y de serena belleza.Fue lo más encantador que Augusto había experimentado, y cuando más tarde recordaba su niñez, su mente se iluminaba en aquel cuarto oscuro de su viejo padrino, con el alegre chisporroteo del fuego en la chimenea y al vaivén de aquella música de seres angelicales que lo llenaban de nostalgia,

Al ir creciendo, hubo ocasiones en que la madre se entristecía y su mente regresaba a la noche después del bautismo.Augusto ahora corría jubiloso por las calles vecinas y era bien recibido en todas partes.La gente le daba nueces y peras, galletas y juguetes, toda clase de golosinas y refrescos, lo mecían sobre las rodillas, le permitían cortar flores de los jardines, y muchas veces llegaba ya tarde a casa y rechazaba enojado el plato de sopa preparada por su mamá.Cuando ella se ponía triste y lloraba, el chico daba señales de aburrimiento y se iba a su cama.Si lo regañaba o lo castigaba, el muchacho gimoteaba y se quejaba de que todos eran amables con él excepto su madre.La viuda sentía verdadero enojo en muchas ocasiones, pero más tarde, cuando el chico dormía y la titubeante luz de la vela le daba sobre su rostro inocente e infantil, lo olvidaba todo y tímidamente lo besaba con cuidado para no despertarlo.Era su culpa que todos lo quisieran y no dejaba de pensar que quizá hubiera sido mejor no haber deseado tal cosa.

Una vez cuando se proponía a atender los geranios del señor Binsswanger y cortaba las hojas marchitas con su pequeña tijera, oyó la voz de su hijo en el patio de la parte posterior de la casa, y lo descubrió reclinado con un ademán melancólico sobre la barda y frente a él una muchacha más alta que Augusto que le pedía en tono insinuante:

-Vamos, pórtate bien conmigo, y dame un beso…
-No…no quiero-replicó Augusto metiéndose las manos en los bolsillos.
-¡Oh…por favor!-insistió la chica-.Te daré algo que te gustará…
-¿Qué es lo que me vas a dar?
-Pues…tengo dos manzanas…
-No quiero manzanas-replicó con desdén y ademán de marcharse.

Pero la muchacha lo cogió del brazo y le dijo con coquetería:

-Espera, también tengo un bonito anillo…
-¡Enséñamelo!

Le mostró su anillo y Augusto lo examinó con cuidado, se lo quitó del dedo y se lo puso, lo vio a la luz y pareció aprobarlo.

-Está bien, tendrás tu beso-dijo con desgano y con gran indolencia le dio un ligero beso en los labios.
-Ahora sí vendrás a jugar conmigo, ¿verdad?-le dijo tomándolo del brazo.
-¡Déjame en paz!-repuso empujándola a un lado-.Tengo otros con quienes jugar…

La chica comenzó a llorar y salió corriendo del patio.Augusto la vio alejarse con expresión de aburrimiento, volvió a examinar el anillo, le dio vueltas en su dedo, comenzó a silbar y se alejó de ahí sin mucha prisa.

Su madre permaneció inmóvil con la tijera en las manos y alarmada al ver la frialdad y desdén de su hijo para con esa chiquilla.Se apartó de las flores y murmuró con tristeza: “Es increíble, el chico no tiene corazón…”

Cuando Augusto entró a la casa poco después, Isabel lo cogió por su cuenta, pero el muchacho la miraba sonriente con sus ojos azules y no daba muestra de culpabilidad alguna.Luego se puso a cantar y se mostró tan afectuoso con ella, tan amable y tierno, que no tuvo más remedio que reír y decidir que no hay que tomar tan en serio las cosas de los chiquillos.

Pero el chico no escapaba siempre del castigo por sus maldades.Por el único que sentía algún afecto era por su padrino Binsswanger y cuando iba por las tardes a verlo, el buen hombre le decía:

-Esta noche no hay fuego en la chimenea ni música de la cajita, porque los pequeños angelillos están tristes por tu mal comportamiento…

El muchacho regresaba a casa en silencio, se arrojaba a la cama y se soltaba en llanto; durante varios días se esforzaba por ser bueno y amable.

Pero a pesar de todo, el fuego amable de la chimenea se encendía cada vez con menos frecuencia, y el padrino no se dejaba influenciar por lágrimas y arrumacos.Cuando Augusto cumplió los doce años, las noches de encanto y reposo en el cuarto del padrino ya eran cosas del pasado, y si por acaso soñaba alguna noche con ellas, al día siguiente se comportaba doblemente irrefrenable y turbulento y señoreaba con sus con la rudeza de un mariscal de campo.

Ya hacía mucho tiempo que la mamá escuchaba por todos lados comentarios sobre la excelencia y encanto de su hijo, pero de hecho, lo único que tenía por ahora eran dificultades con el chico.Cuando un día se presentó el profesor del muchacho y le dijo

que sabía de una persona que estaba dispuesta a mandar a su hijo a una escuela distante, la viuda se presentó con el padrino y tuvieron una larga plática sobre el particular.Poco tiempo después, una mañana de primavera llegó un carruaje y Augusto ataviado en un elegante traje nuevo dijo adiós a su madre y padrino, se despidió también de los vecinos porque iba a viajar hasta la capital para estudiar.Su mamá lo peinó con mimo y cuidado, le dio su bendición, y finalmente los caballos cogieron el trote y Augusto tomó el camino hacia el ancho, ancho mundo,

Muchos años después, cuando Augusto era estudiante universitario, llevaba una boina roja y usaba bigote, regresó una vez más a su casa pueblerina porque su padrino le había escrito diciéndole que la mamá estaba muy enferma y que no duraría mucho tiempo.El joven llegó por la tarde y la gente del lugar quedó impresionada al verlo descender del carruajes, seguido por el cochero que acarreaba una gran petaca de cuero propiedad del estudiante.La señora Isabel yacía en su cama del pequeño cuarto, y cuando el apuesto estudiante la vio tan pálida y demacrada, sin levantar la cabeza de la almohada y que apenas le sonreía con los ojos, el muchacho cayó junto al lecho deshecho en llanto, besó las manos heladas de la mamá y no se separó en toda la noche de ahí, hasta que Isabel quedó exánime, con la mirada apagada.

Después que la madre quedó sepultada, el padrino Binsswanger cogió al joven por el brazo y lo llevó a su pequeña casita, que le pareció al muchacho más desaliñada que nunca.Después de pasar buen rato sentados bajo la incipiente iluminación de la ventanilla, el pequeño viejo se alisó la barba y le dijo:

-Encenderé un pequeño fuego en la chimenea, no necesitaremos la luz de la lámpara.Entiendo que tendrás que partir mañana, y ahora que tu mamá ha desaparecido no volverás por aquí muy seguido…

Dicho lo cual, procedió a encender el fuego, acercó su silla y la de Augusto a la chimenea.Ahí permanecieron durante largo tiempo, con la mirada fija en las brasas hasta que las chispas se fueron agotando, y el anciano el dijo en voz baja:

-Adiós, Augusto, te deseo todo lo mejor.Tuviste una excelente madre que hizo por ti más de lo que te imaginas.Con gusto hubiera puesto algo de música para que recordaras los pequeños cantores, pero eso ya no es posible.Sin embargo, no debes olvidarlos; ellos siempre seguirán cantando y quizás algún día los volverás a escuchar cuando llegue la hora de la nostalgia y lo anheles de todo corazón.Dame la mano, mi muchacho, yo soy ya viejo y necesito dormir un poco.

Augusto le estrechó la mano, pero no pudo decir nada.Regresó con tristeza a su pequeña casa desierta y por última vez durmió en su viejo hogar; pero antes de conciliar el sueño pensó profundamente y pudo escuchar de lejos la tenue y dulce música de sus años de niño.Salió al día siguiente, y durante largo tiempo no se supo de él en su pueblo.

Muy pronto, también, olvidó a su padrino Binsswanger y a sus angelillos y querubines.Vivió con lujo y gozaba de lo lindo.No había quien lo igualara en su estilo al pasear a caballo por las calles, saludando a las chicas que lo adoraban y a quienes

atormentaba lanzándoles miradas secretas y cautivadoras; nadie mejor que él para manejar una carroza de cuatro corceles con tanta soltura y elegancia; nadie tan bullicioso ni tan jactancioso como él durante las noches de verano en las competencias para beber en las cervecerías.La rica viuda de quien era su amante, le daba dinero, ropa, caballos, y todo lo que necesitaba y quería; viajó con ella a París y a Roma y dormía entre sus sábanas de seda.Tenía una novia, una chica amable y rubia, hija de un ciudadano del lugar; la había conocido y tratado con desparpajo en el propio jardín del ciudadano, y no dejaba de escribirle cuando Augusto andaba de viaje.

Pero llegó el día en que no regresó.Había encontrado amigos en París, y en vista de que su rica amante comenzaba a cansarle y le aburría, tal como le habían aburrido los estudios, se dedicó a vivir en el extranjero entre la gente de alta sociedad.Disponía de una cuadre de caballos, perros, mujeres; perdía y ganaba dinero en grandes cantidades, y por todas partes la gente lo perseguía, quedaba cautivada y lo mimaban, mientras él aceptaba todo con una sonrisa en los labios y cierto desapego, como lo había hecho años antes con el anillo de la pequeña chiquilla.La magia del deseo de su madre bullía en sus ojos y en sus labios, las mujeres colmaban las caricias, los amigos lo admiraban, y nadie se dio cuenta-incluso él mismo-de que su corazón se había quedado vacío, que era codicioso y de que su alma estaba enferma y llena de dolor.A veces le cansaba verse amado por todo el mundo y se escapaba disfrazado a ciudades lejanas; pero en todas partes encontró gente fatua y fácil de conquistar, por doquier despreció el amor que lo seguía y que se conformaba con tan poco.Con frecuencia sintió disgusto por hombres y mujeres, por no tener dignidad, y pasaban días enteros entre sus perros en su hermoso coto de caza en las montañas; acechar y matar un venado lo hacía más feliz que la conquista de una hermosa y vanidosa mujer.

Una vez, durante la travesía por mar, accidentalmente conoció a la joven esposa de un embajador; una dama reservada, esbelta, de la nobleza del norte, que se destacaba por su distinción y apostura entre las más elegantes mujeres a la moda y los hombres de mundo.Era callada y orgullosa, como si nadie fuera a su lado, con prisa y indiferencia, tuvo la impresión de que por primera vez sentía amor por alguien y se propuso ganar su corazón .Desde ese momento, a toda hora del día, no se apartó de su lado ni lo perdió de vista, y debido a que también él era rodeado por gente que lo admiraba y buscaba su compañía, tanto Augusto como la bella y poco impresionable mujer constituían el centro de atracción de los viajeros, como un príncipe y su princesa; incluso el esposo de la rubia belleza lo trataba con deferencia y procuraba complacerlo.

No había sido posible para él estar a solas con esta adorable extranjera, hasta que en un puerto del sur todo el grupo de viajeros abandonó el barco para pasar unas horas pisando tierra firme.Augusto no se separó de su amada y de pronto, en medio del colorido de la confusión reinante en el mercado del lugar, tuvo la oportunidad de conversar a solas con ella.Todo alrededor era un dédalo de callejones que desembocaban a la plaza y la condujo a uno de ellos; ella lo acompañó confiada, pero cuando de repente se vio sola con él se puso nerviosa y buscó ansiosamente a su compañeros de viaje.Augusto la trató apasionadamente, tomó una de sus manos renuentes y le rogó que dejara el barco y huyera en su compañía.

La joven mujer palideció y bajó los ojos.

-¡Oh!...eso no es de caballeros-dijo suavemente-.Permítame olvidar lo que acaba de decir…

-Yo no soy caballero-gritó Augusto-; soy el hombre que la ama y el amante no sabe nada más que de su amor por su amada, por estar siempre a su lado.¡Oh…mi bella dama, huye conmigo y seremos felices!

Ella lo miró con solemnidad y un destello de gran reproche en sus claros ojos azules.

-¿Cómo puedes saberlo?-murmuró con tristeza-,¿cómo sabes que yo te quiero? No lo puedo negar.He sentido que te amo y con frecuencia he anhelado que tú hubieras sido mi esposo.Porque eres el primero que he querido con todo mi corazón. ¡Ay, cómo puede ser el amor así! Nunca hubiera podido pensar que yo amara a un hombre que no fuera limpio y puro de corazón.Pero prefiero mil veces seguir con mi esposo, a quien no amo igual, pero que es un caballero a carta cabal, honorable e hidalgo, cualidades de que tú careces.Y ahora, no digas una sola palabra más y llévame al barco, o de lo contrario llamo a cualquier extraño para que me proteja de tu insolencia…

Y no obstante sus fervientes ruegos y súplicas, ella le volvió la espalda y se hubiera marchado sola si no la hubiera seguido en silencio hasta el barco.En ese día abandonó la nave y ordenó que su equipaje le fuera entregado.No se despidió de nadie.

Desde ese momento, la suerte de este hombre tan amado cambió.La virtud y el honor le fueron odiosos, los pisoteó y se dedicó a seducir mujeres virtuosas con su magia y astucia, a explotar hombres ingenuos con los que trababa amistad para luego dejarlos con desdén.Redujo a la pobreza a mujeres y jovencitas para luego abandonarlas; buscó jóvenes mancebos de alta alcurnia a los que sedujo y llevó a la corrupción.No hubo placer de que no disfrutara hasta agotarse, ni vicio que no cultivara y después dejara.Pero ya no había placer en su corazón y para el amor que por todas partes le brindaban no había eco alguno en su alma.

Áspero y sombrío, vivía en una soberbia mansión cerca de la costa, y los hombres y mujeres que lo visitaban se veían atormentados con sus locos caprichos y malevolencias.Gozaba de harto y disgustado con el amor no buscado, indeseado e inmerecido que lo rodeaba; sintió la carencia total de una vida malgastada y desordenada en la que él nada daba y simplemente tomaba.A veces dejaba pasar días sin comer para sentir el hambre y tener apetito, para satisfacer aunque fuera ese pequeño deseo.

Corrió la noticia entre sus amigos que estaba enfermo y necesitaba paz y quietud.Las cartas que le llegaban jamás las contestaba; los que se preocupaban por él preguntaban a sus sirvientes sobre su estado de salud.Pero seguía sentado a solas y profundamente perturbado en su estancia con vista al mar, meditando en su vida vacía y

desolada, tan estéril y falta de cariño como las saladas aguas del mar.Encogido en su asiento, su rostro tenía un visaje odioso al reflexionar sobre lo pasado.Las blancas gaviotas volaban a favor del viento costero, las seguía con ojos vacíos de todo gozo y simpatía.Al concluir estas horas de meditación y al llamar a su ayuda de cámara, sólo sus labios se movían con un rictus de asperaza y malignidad.Esta vez le ordenó que se invitara a todos sus amigos para una fiesta en tal o cual fecha, pero en el fondo tenía la intención de burlarse y atormentarlos cuando acudieran y encontraran una casa vacía, ocupada solamente por su cuerpo inerte, porque había decidido poner fin a su vida tomando un veneno.

La tarde anterior a la fecha del festejo, envió a toda su servidumbre a que tomaran un asueto, la casa quedó vacía y había un silencio impresionante en todas las habitaciones.Se recluyó en su alcoba donde mezcló un poderoso veneno en un vaso de vino de Chipre, y se lo llevó a la boca.

Pero en el momento de hacerlo, oyó que alguien llamaba a su puerta, y al no acudir a informarse, la puerta se abrió y entró un pequeño hombrecillo.Se dirigió inmediatamente a Augusto y le quitó el vaso de la mano.Una voz familiar le dijo:

-Buenas noches, Augusto… ¿cómo van las cosas?

Sorprendido, indignado, pero también avergonzado, Augusto le dijo en todo burlón:

-Señor Binsswanger… ¿todavía con vida? Ha pasado mucho tiempo y sin embargo usted no parece envejecer.Pero en este momento su presencia me incomoda, estimado amigo.Estoy cansado y estaba a punto de tomar la copa del olvido…

-Eso es lo que veo-repuso el padrino calmadamente-.Vas a beber una droga para dormir y tienes razón; éste es el último vino que te puede ayudar.De acuerdo, pero antes charlemos un poco, muchacho, y como llego cansado de tan largo viaje quisiera reponerme con un pequeño sorbo de licor.

Acto continuo tomó el vaso y se lo llevó a los labios, y antes de que Augusto pudiera detenerlo, bebió el contenido hasta la última gota.

Augusto palideció intensamente.Saltó hacia su padrino y lo estrujo por los hombros.

-Mi buen anciano… ¿sabe usted lo que se ha bebido?

-Es vino de Chipre, y no está tan malo-dijo Binsswanger moviendo la blanca cabeza y sin dejar de sonreír-.Pero veo que nada te falta.No tengo mucho tiempo ni pienso estorbar tus ocupaciones, pero tienes que escucharme.

Desconcertado, Augusto miraba fijamente a su padrino y a sus brillantes ojos en espera de que en cualquier instante se desplomara.Pero el señor Binsswanger tomó asiento con toda calma y se dirigió a su ahijado:

-¿Estás preocupado por temor que este vino me haga daño? Nada hay que temer.Es agradable saber que te preocupas por mí.Nunca lo hubiera esperado.Pero hablemos como lo hacíamos antes.Tengo la impresión de que estás harto de esta vida y sus frivolidades.Bien lo puedo entender, y cuando me marche, puedes volver a llenar tu copa y beberla.Pero antes debo decirte algo…

Augusto se reclinó contra el muro y escuchó la voz buena y amable del anciano, tan familiar y agradable que le trajo el eco del pasado a su alma marchita.Lo sobrecogió con vergüenza y la pena al recordar sus años de inocencia.

-He bebido tu veneno-le dijo el viejo-porque yo soy el responsable de tu miseria.Cuando te bautizamos, tu madre deseó algo para ti y yo cumplí con el deseo, aun cuando era un tonto deseo.No hay necesidad de que te lo explique, pero ha resultado una maldición, como ya lo has comprobado.Lamento que así haya sucedido, e indudablemente me sentiría más feliz si llegara a vivir y verte a mi lado una vez más en casa, junto a la chimenea y escuchando a los pequeños angelillos en sus cantos.Eso no es nada fácil, y de momento incluso te parecería imposible que tu corazón volviera a ser puro y sano y alegre.Pero para mí sí es posible, y quisiera que lo intentaras.El deseo de tu pobre madre no se avenía a tu naturaleza, muchacho. ¿Te gustaría que yo lograra que se cumpliera algún deseo tuyo? Probablemente no buscarías dinero ni posesiones o el poder o el amor de las mujeres, de lo cual has tenido bastante.Pero piénsalo bien, y si crees en que el hechizo de la magia convirtiera tu estéril vida en algo mejor, que te hiciera sentir la felicidad una vez más, entonces debes hacer tu deseo…

Augusto tomó asiento y pensó largo rato en silencio; pero se sentía extenuado e inerme, finalmente le dijo:

-Te doy las gracias, padrino Binsswanger, pero creo que no hay peine que pueda alisar la maraña de mi vida.Es mejor que prosiga en lo que me había propuesto cuando me interrumpiste.Nuevamente te agradezco tu visita…

-Así es-repuso el anciano pensativamente-.Puedo imaginar que esto no es nada fácil para ti, aunque quizá lo pudieras pensar otro poco.Es muy posible que te hayas percatado de lo que realmente te falta o que recuerdes esos días en vida de tu madre en que ocasionalmente me visitabas por la noche.Creo que entonces muchas veces estuviste contento, ¿no es así?

-Sí… en esos días-dijo Augusto al ver a lo lejos la imagen de su radiante juventud, pero pálida como frente a un antigua espejo, empañado por los años.

-Pero eso ya no puede volver.No puedo desear ser un niño una vez más.Entonces, volver a comenzar…

-No, tienes razón, eso no tendría sentido.Pero piensa otra vez en los días en que estábamos juntos en casa, y en la pobre chiquilla a quien visitabas por las noches en el

jardín de su padre cuando eras estudiante, piensa también en la bella dama que fue tu compañera de viaje en el barco; piensa en todos los momentos en que te sentiste feliz y que la vida te parecía buena y apreciable.Es posible que recuerdes qué era lo que te hacía feliz entonces y desear que volviera. ¡Hazlo por mí, Augusto!

El muchacho cerró los ojos e hizo memoria de su vida pasada, era como mirar desde un oscuro pasillo un punto de luz lejano, y pudo percibir nuevamente que todo había sido hermoso y brillante a su alrededor, pero que luego se fue oscureciendo, palideciendo hasta llegar a una completa oscuridad donde nada podía alegrarlo.Mientras más retrocedía en el tiempo y recordaba, más bella y festiva era la luz que a lo lejos brillaba, la pudo reconocer y no pudo menos que dejar que las lágrimas fluyeran a sus ojos.

-¡Lo intentaré!-le dijo a su padrino-. ¡Quítame la vieja magia que no me ha ayudado en la vida y dame en su lugar la facultad de amar a la gente!

Llorando se puso de hinojos frente a su anciano amigo y en ese preciso momento sintió amor por el buen hombre, buscaba palabras olvidadas y ademanes para hacérselo ver.El pequeño anciano lo tomó en sus brazos, y lo pudo llevar hasta el lecho donde le acarició el cabello y la frente.

-Eso está bien, mi muchacho, excelente.Todo saldrá bien…

Augusto sintió entonces que una gran pesadez y cansancio lo invadían como si hubiera envejecido muchos años en un instante.Cayó en profundo sueño mientras el buen anciano salió silenciosamente de la casa vacía.

Despertó al escuchar un enorme griterío en toda la casa y cuando se incorporó y salió de su alcoba encontró el vestíbulo y todas las habitaciones llenas de amigos que habían acudido a su fiesta, y habían encontrado la casa desierta.Estaban indignados y desconcertados, y cuando fue a su encuentro tratando de calmarlos con una sonrisa, como antes, o bromeando un poco con ellos, repentinamente se dio cuenta de que esta innata facultad en él había desaparecido.Apenas lo vieron comenzaron a gritarle.Augusto les sonrío sin saber qué hacer, tuvo que escudarse con los brazos en alto ante sus invectivas.

-¡Tramposo!-le gritó uno-¿Dónde está el dinero que me debes? ¿Y el caballo que te había prestado?

Una bella mujer le gritaba furiosa.-Ahora todos saben mis secretos porque tú los has divulgado por todas partes… te odio, eres un monstruo…

-¿Has visto lo que has hecho de mí, perverso, corruptor de la juventud?-expostuló otro tipo con el rostro congestionado por el odio.

Y así siguió la escena.Todos increpándolo y cubriéndolo de insultos-todos justificados-, algunos incluso lo golpearon, rompieron espejos y muebles antes de

salir.Otros se llevaron cosas valiosas.Augusto se levantó del suelo, vencido y humillado.Al entrar en su alcoba y al verse en el espejo, sangraba de la frente; se veía mustio y marchito, los ojos rojizos y llorosos.

-Esta es mi recompensa-se dijo mientras limpiaba la sangre que manaba de su rostro.Apenas había tenido tiempo de reflexionar un poco cuando volvió a escuchar un tremendo clamor en la casa y un tropel de gente se precipitaba por las escaleras: eran prestamistas a los que había hipotecado su casa; un sujeto a cuya mujer había seducido; padres cuyos hijos habían sido llevados al vicio y a la miseria; doncellas y sirvientes a los que había despedido.Había policias y abogados.Una hora después, se encontró maniatado en un coche celular camino a la cárcel.Detrás del vehículo seguía una cauda de gente indignada que lanzaba improperios, canciones burlescas, y una banda de vagabundos que le arrojaban por el ventanillo toda clase de inmundicias a su cara.

A través de toda la ciudad, se escuchaba el eco de las tropelías cometidas por este individuo a quien tantos habían amado.No hubo pecado del que no se le acusara, y que pudiera negarlo.Gente a la que hacía tanto tiempo había olvidado gesticulaba frente al juez y lo acusaba de canalladas antes cometidas: sirvientes a los que había remunerado y que lo habían robado sin piedad, revelaron sus vicios secretos, todos los rostros denotaban odio y rencor; no había uno solo que saliera en su defensa, que lo elogiara, lo disculpara o recordara algo bueno acerca de su persona.

No protestó por nada de lo anterior y dejó que lo llevaran a una celda y después lo sacaran de ahí para presentarlo ante jueces y testigos.Contempló con asombro y tristeza los numerosos rostros indignados, malignos, congestionados por el odio, y en cierto modo sintió un chispazo de afecto.Toda esa gente lo había querido antes y él no había sentido ningún cariño por ninguno; ahora les suplicaba que lo perdonaran y trataba de recordar algo bueno en cada uno de los acusadores.

Finalmente, fue enviado a prisión y nadie se atrevió a visitarlo.En sus sueños febriles le hablaba a su madre y a su primer amor, a su padrino Binsswanger y a la dama norteña del barco, y cuando despertaba, solo y abandonado durante esos días tan tremendos, sufría en toda su intensidad las penas del anhelo, de la soledad y ansiaba ver a la gente con un deseo que jamás había sentido en su vida.

Cuando salió de la prisión, enfermo y avejentado, nadie lo pudo reconocer.El mundo seguía su marcha; la gente paseaba en carruajes y montaba a caballo en las calles; en todas partes se ofrecían frutas, juguetes y flores, periódicos, y nadie se detenía o se volvía a saludarlo.Hermosas mujeres que había tenido en sus brazos en un ambiente de música y champaña, pasaban a su lado en sus carrozas y solamente recibía el polvo de sus coches al pasar.

Pero el enorme vacío y soledad que lo habían ahogado en medio del lujo anterior había desaparecido.Cuando se detenía a la sombra de algún portón para refugiarse un poco del sol, o cuando pedía un vaso de agua en el patio de alguna casa modesta, se daba cuenta con asombre del mal humor y la aspereza con la que la gente lo trataba, la misma

gente que anteriormente recibía con agrado sus palabras llenas de orgullo e indiferencia.A pesar de todo, se sentía agradecido y conmovido con la presencia de cada individuo, amaba a los niños que veía jugar o de camino para la escuela, a los ancianos sentados junto a sus puertas que calentaban las manos al sol.Al ver a un joven seguir a una muchacha con ojos anhelantes o a un obrero de regreso de algún paseo tomar a sus hijos en brazos, a un médico de mirada inteligente conducir su carruaje con rapidez para atender a sus enfermos, así como a una pobre y mal vestida hetaira esperando junto al farol de la esquina, dispuesta a ofrecer incluso a él mismo, el paria de la vida, su amor; comprendía que toda esta gente era como sus hermanos y hermanas, y que cada uno llevaba el sello y el recuerdo de una madre adorada, de un ambiente de afecto, o quizás el signo secreto de un destino superior y más noble.Todos eran seres queridos ante sus ojos y le daban mucho en qué pensar, consideraba que ninguno era peor que él.Augusto decidió viajar por el mundo y buscar algún lugar en el que pudiera ser útil a la gente y demostrarle su servicio y afecto.Tenía que acostumbrarse al hecho de que su aspecto ya no causaba alegría a nadie, tenía los pómulos hundidos, su traje y zapatos eran los de un mendigo e incluso su voz y forma de andar carecía por completo de la calidad y prestancia que antes había deleitado al gentío.Los chicos lo esquivaban por su hirsuta barba gris, los bien ataviados se hacía a un lado para no sentirse manchados e infectados a su contacto, y los pobres desconfiaban de él como de un tipo extraño que quizá pretendiera arrebatarles sus mendrugos de pan.Todo esto le hacía difícil poder servir a alguien; pero aprendió y no dejó que cosa alguna lo ofendiera.Ayudó a un chiquillo que extendía su mano sin alcanzar el aldabón de una tienda; a veces encontraba a otros más desposeídos que él, minusválidos e invidentes a los que podía ayudar y alegrarles un poco la vida al ir caminando.Y cuando no podía hacer ni siquiera estas pequeñas cosas, daba con alegría lo poco que tenía, una mirada afectuosa, un saludo fraternal, un ademán de comprensión y simpatía.En su continuo deambular por el mundo aprendió a descifrar por la expresión de la gente lo de él esperaban, lo que les proporcionaba algún placer: por lo pronto, un saludo festivo, para otros una mirada tranquila o quizás para algunos que los dejara en paz, que no los perturbara.Cada día que pasaba veía con asombro tanta miseria en el mundo y sin embargo que la gente estaba contenta; era algo espléndido y reconfortante notar que tras de un poco de tristeza o de pena seguía una risa, que junto a cada tañido de muerte se oía la canción de un chiquillo, que junto con cada acto de codicia o bajeza seguía un gesto de cortesías, una broma, una palabra de consuelo, una sonrisa.

La vida de la humanidad se le presentaba como algo maravilloso y bien ordenado.Digna de vivirla.Al doblar una esquina y encontrar una parvada de chiquillos que salían de la escuela, pudo distinguir el valor y el gozo de la vida en el brillo de esos jovenzuelos, y si lo atormentaban un poco con sus bromas, la cosa no era para enojarse, era algo comprensible.Cuando accidentalmente se veía en alguna vitrina o al beber agua en la fuente, se daba cuenta de que estaba arrugado y arrapiento.No, para él ya no era cuestión de agradar a los demás o de esgrimir poder, ya había tenido bastante de eso.Era muy edificante notar a los otros que luchaban en esos senderos, que antes había hollado, y creer que iban en camino del progreso, que cada uno iba en pos de su meta con tanta tenacidad, vigor, orgullo y gozo-ante sus ojos esto era un drama maravilloso.

Una vez más llegaba otro invierno y luego el verano, y Augusto yacía enfermo en un hospital de caridad; ahí pudo gozar en silencio y con agradecimiento, el placer de ver a tanto desdichado aferrarse con tal tenacidad a la vida y triunfar contra la muerte.Era maravilloso notar la paciencia de esos rostros en enfermos graves, y en los ojos de los convalecientes el chispazo alegre de la vida; así también, la belleza donde la serenidad dignificaba las caras de los muertos, y más asombroso aún el amor y la paciencia de las atentas e inmaculadas enfermeras.Pero también este periodo terminó, sopló el viento de otoño, y Augusto siguió su camino ante la amenaza del invierno.Lo sobrecogió una extraña impaciencia al notar lo poco que progresaba en sus afanes, porque todavía ansiaba visitar muchos lugares y a mucha, mucha gente.Había encanecido y sus ojos sonreían tímidamente detrás de sus párpados enrojecidos; gradualmente, también sus recuerdos se fueron nublando y tenía la impresión de que nunca había visto el mundo como ese momento.Sin embargo, lo encontraba realmente espléndido y prodigador de amor.

A principios del invierno llegó a una ciudad.La nieve caía en las calles casi oscurecidas, unos cuantos chicos y granujas le arrojaron bolas de nieve, pero por lo demás todo estaba tranquilo.Se sintió muy debilitado al entrar a una calle angosta y luego a otra que le eran conocidas.Y ahí estaba, frente a la casa de su madre y junto a la de su padrino Binsswanger, ambas pequeñas, destartaladas y cubiertas por la nieve; pero la única ventana de la casita de su padrino brillaba con tonos rojizos y amistosos en esa noche invernal.

Augusto entró y llamó a la puerta de la estancia.El pequeño ancianito salió a recibirlo y silenciosamente lo hizo entrar al cuarto caliente y silencioso donde crepitaba con tibieza hogareña el pequeño fuego en la chimenea.

-¿Tienes hambre?-le preguntó.

Pero Augusto no sentía hambre, se concretó a sonreír y menear la cabeza.

-Pero debes estar muy cansado-dijo el padrino al extender sobre el suelo el viejo tapete de pieles.Ahí se acurrucaron cerca el uno del otro sin dejar de contemplar las flamas.

-Vienes de muy lejos-comentó el anciano.

-¡Oh!... ha sido muy hermoso.Ahora estoy cansado. ¿Puedo dormir aquí? Mañana proseguiré mi viaje.

-Por supuesto que sí. ¿Pero no quisieras ver a los angelillos y querubines danzar otra vez?

-¿Los angelillos? Sí, eso es, eso es lo que quiero de veras….si yo pudiera volver a ser niño.

-No nos hemos visto desde hace tiempo-siguió diciendo el anciano-Te has convertido en un joven apuesto, tus ojos son amables y gentiles como cuando vivía tu madre.Mucho te agradezco esta visita,

El aventurero envuelto en su ropa harapienta seguía tranquilo junto a su amigo.Nunca se había sentido tan agotado, y con la tibieza del calor y el reflejo de las brasas sintió que se mareaba y que no podía distinguir con claridad ese día de los viejos tiempos.

-Padrino Binnsswanger-le dijo-.Me he portado mal otra vez y mamá ha llorado.Debes hablar con ella y asegurarle que desde hoy ya no volveré a cometer fechorías. ¿Quieres?

-Así lo haré, pero no temas, tu mamá te adora.El fuego de la chimenea se iba consumiendo y Augusto contemplaba los últimos reflejos con sus grandes ojos preñados de sueño como en su magnífica niñez.Su padrino le tomó la cabeza y la reclinó junto a él, una música etérea bañaba la estancia y un arrobador encantamiento de parejas de minúsculos espíritus danzaban y cintilaban en círculo con una divina alegría y formaban artísticas evoluciones con unas estelas de blanquísimas y brillantes luminosidades que estallaban suavemente en el aire.Augusto observaba y escuchaba abriendo todos sus sentidos a esta percepción tierna, pura y sedante de su niñez, y al paraíso que había recuperado.

Por un instante le pareció escuchar que su madre le llamaba, pero se sentía sumamente extenuado, y después de todo, el padrino le había prometido hablarle a ella para disculparlo.Cuando finalmente cayó profundamente dormido, su padrino le cruzó los brazos y, permaneció sentado a su lado escuchan su corazón silente hasta que una completa oscuridad invadió la habitación.